

Proyectos Malogrados

A propósito de El Malogrado de Thomas Bernhard

Abel Fainstein

‡ Los proyectos malogrados como expresión de un narcisismo patológico e ideales muy sádicos es un hallazgo frecuente en nuestra clínica.

Freud escribió sobre Narcisismo en Introducción del Narcisismo y en Duelo y Melancolía.

El Yo y el Ello es para él una “ampliación de la teoría del narcisismo” porque introduce la construcción del YO.

Sabemos que existe un narcisismo estructurante y otro patológico.

Luis Hornstein diferencia en las patologías narcisistas aquellas que afectan la consistencia del Yo, el valor del yo, la construcción de la alteridad y las funciones yoicas.

En todos los casos debemos considerar la construcción subjetiva a partir de enunciados identificatorios.

La consistencia está afectada en la psicosis, la alteridad en los cuadros fronterizos, las funciones yoicas en las inhibiciones.

Hoy me referiré en especial a las que afectan el valor del Yo, la autoestima y que vemos en depresiones.

Cómo se puede malograr un proyecto, una relación, una carrera exitosa y en definitiva una vida es un tema que vemos frecuentemente en nuestra práctica. Lo vi dramáticamente expuesto al leer la novela El Malogrado de Thomas Bernhard, que

paradójicamente está muy bien lograda y se las recomiendo.

Se trata de dos pianistas, de esos que según Bernhard recorren los teatros de conciertos más importantes del mundo, que van a tomar clases con Vladimir Horowitz coincidiendo allí con Glenn Gould, un virtuoso famoso por su exigencia desmedida que hizo que dejara de tocar en público concentrándose en grabaciones ya que las podía corregir todas las veces que estimara necesarias. Tras ese encuentro uno deja de tocar el piano y más tarde termina suicidándose al no poder superar la muerte de Gould. Este lo llamaba “el malogrado” y su compañero, “el mortificado”.

Escribe Bernhardt:

“Sí, si no hubiéramos conocido a Glenn, decía Wertheimer. Si el nombre de Horowitz no hubiera significado nada para nosotros. ¡Si no hubiéramos ido siquiera a Salzburgo!, decía. En esa ciudad nos buscamos la muerte al estudiar con Horowitz y conocer a Glenn Gould. Nuestro amigo significó nuestra muerte. La verdad que éramos mejores que todos los demás que estudiaban con Horowitz pero Glenn era mejor que el propio Horowitz, decía Wetheimer, todavía le oigo, pensé”.

‡ afainstein@gmail.com



“Pero la auténtica víctima de ese curso con Horowitz no fui yo, al fin y al cabo, sino Wertheimer, que indudablemente se habría convertido en un virtuoso del piano eminente, probablemente famoso en el mundo entero, de no ser por Glenn, pensé. Fue Wertheimer quien cometió el error de ir a Salzburgo ese año, con Horowitz para ser aniquilado por Glenn, no por Horowitz”.

“Glenn había tocado un par de compases y ya había pensado Wertheimer en renunciar, me acuerdo muy bien... Dicho de forma patética, aquello fue el fin, el fin de la carrera virtuosística de Wertheimer”.

“Wertheimer no lo reconoció, no durante decenios. Pero esos compases tocados por Glenn fueron su fin, pensé”.

“Quien sabe si yo, si no hubiera ido a Horowitz, es decir si hubiera escuchado a mi maestro Wuhrer, no sería hoy, después de todo un virtuoso del piano, uno, pensé, de esos famosos que durante todo el año, viajan de un lado a otro entre Buenos Aires y Viena con su arte”.

Sigue:

“Glenn había sentido la mayor predilección por la palabra y concepto de Malogrado...”

“Solo vemos, cuando miramos a los hombres, mutilados, nos dijo Glenn una vez, exterior e interiormente, o interior y exteriormente mutilados, no hay otros pensé. Cuanto más miramos a un hombre tanto más mutilado nos parece...El mundo está lleno de mutilados. Vamos por la calle y solo encontramos mutilados. Invitamos a un hombre y tenemos en casa a un mutilado según Glenn,

pensé. Realmente yo mismo he hecho una y otra vez esa observación y he podido darle la razón a Glen. Wertheimer, Glen, yo, todos mutilados, pensé”.

“Wertheimer y yo les habíamos dado la razón a nuestros padres, al fracasar en nuestro virtuosismo, y fracasamos ya muy pronto, de la forma más vergonzosa, como tuve que oír a menudo de mi padre...”

Veamos entonces de qué hablamos al hablar de proyectos.

Un proyecto es la manifestación consciente de deseos e identificaciones no necesariamente conscientes. En ese sentido es vital más allá de sus fines. Como todo proyecto, supone futuro, pero si pensamos en sistemas abiertos y complejos está necesariamente determinado por el pasado y sujeto a las influencias de nuevos encuentros y del azar. Tener un proyecto supone sin embargo no quedar atado a un destino, al azar o a los de otros.

Por su parte la falta de proyectos, cuando no es producto de un manifiesto estado depresivo, es causa de malestar y asume formas diferentes en distintos momentos de la vida.

Es motivo frecuente de consulta en adultos mayores en situación de retiro que no logran erigir otro proyecto para ese momento de sus vidas lo que se suma a la sensación más o menos realista de cercanía de la muerte. En la edad media de la vida y adultez puede estar asociado a crisis económicas o personales y llevar a grandes cambios dentro de los cuales son frecuentes las migraciones o divorcios. Finalmente, en la adolescencia suele estar vinculada a la falla del trabajo psíquico que esta impone.

En todos los casos su persistencia es causa de estados depresivos.

Sin embargo, hay además proyectos malogrados. Las circunstancias que los



malogran y que podemos ubicar en las distintas series complementarias pueden ser fallas genéticas, fallas en lo constitucional, circunstancias de la primera infancia y/o eventos accidentales que pueden malograr un proyecto vital. Es el caso del pianista de Bernhard atrapado en un ideal imposible de tocar como Gould considerado como la única forma de hacerlo. Lógica binaria o de todo o nada que caracteriza el funcionamiento de estructuras narcisistas y que sabemos debemos tratar de desmontar cuando las enfrentamos en nuestros pacientes.

Escribe Bernhard:

O penetramos del todo en la música o no penetramos en absoluto, decía Glen a menudo, también a Horowitz.

Ser el mejor o no ser nada había sido siempre mi pretensión, en todos los aspectos.

Glenn es el triunfador, nosotros somos los fracasados.

Sabemos que un hijo supone un proyecto de los padres, un deseo de hijo de los padres, y recibe de ellos un investimento libidinal y narcisista a la vez que la transmisión de una genealogía. Sabemos por Freud las implicancias de la ecuación heces-pene-bebé, especialmente en relación a la sexualidad femenina, y por Piera Aulagnier las diferencias entre el deseo de maternidad y el deseo de hijo. También las de quedar atado a la ecuación fálico-castrado prototipo de estas estructuraciones narcisistas patológicas. Fanny Schkolnik habla de una maternidad basada en el Ideal del Yo diferente de la basada en el Yo Ideal.

Luego, un hijo viene a ocupar, en el mejor de los casos, un lugar asignado previamente. Freud le dijo a Juanito que antes que aún antes que naciera sus padres sabían que

vendría al mundo un niño llamado Juanito. Sin embargo, la noción de psiquismo abierto supone un lugar para lo nuevo y remodelar así ese lugar asignado.

Es como dijimos, en el mejor de los casos, la base de un proyecto ideal que conforma un niño maravilloso que se resume en la estructura narcisista del Yo ideal y que exige el pasaje al dominio del Ideal del Yo que se concreta en la adolescencia previo matar a ese niño maravilloso que describía Leclaire. Esto supone primero un contraste con la mirada del mundo especialmente a la entrada al jardín escolar, y luego un atravesamiento edípico que resulta en la construcción del Superyó y un ideal que se quiere alcanzar, una distancia de quien somos y que conocemos como Ideal del Yo que termina de estructurarse en la adolescencia.

Esto nos instala de lleno en el terreno del Yo, el Superyó y el Ideal del Yo que conocemos a través de la segunda tópica freudiana. Y Freud consideraba a El Yo y el Ello una ampliación de la teoría del narcisismo porque introduce la construcción del Yo.

La estructura del Yo conformada por identificaciones, residuo de relaciones de objeto, supone también una tarea continua que este ejerce de historización de su devenir instalando la categoría de pasado. Esto permite salir de un eterno presente.

Recordemos que para Piera Aulagnier el Yo está constituido por una historia, representada por el conjunto de los enunciados identificatorios que recuerda, por los enunciados que manifiesta en su presente su relación con el proyecto identificatorio y, finalmente, por el conjunto de los enunciados sobre los que ejerce su acción represora y mantiene inconscientes.

La adolescencia es el período prínceps en que se pone en práctica dicha tarea historizadora y donde debe concretarse ese pasaje del Yo ideal al Ideal del Yo que hace a su futuro. La elección vocacional, trabajo central en un



proyecto vital y que generalmente se da en el adolescente, es producto de este proceso que Peter Blos asocia a la elaboración del Complejo de Edipo negativo de la misma manera que la latencia supone la elaboración del positivo.

La subjetividad va entonces construyéndose a partir de los enunciados identificatorios parentales y epocales, identificaciones pasivas al comienzo de la vida comenzando por el nombre propio, a las que se le suman identificaciones activas residuo de sucesivas relaciones de objeto. El adolescente debe apropiarse de esto a la manera que Freud siguiendo a Goethe proponía para la herencia y le suma la oferta identificatoria de toda la cultura adolescente de los grupos extrafamiliares.

Es la base de la confrontación generacional que rompe la ficción narcisista de la atemporalidad compartida por padres e hijos para evitar que la familia sea una trampa mortífera (Gomel, Kancyper, Pearson).

Para Kaës: “No alcanza con nacer dentro de una familia; es necesario también nacer de la familia...”. Esto hace a la posibilidad de un proyecto propio y hay familias que lo favorecen y otras que no.

Recordemos que el otro de los pianistas se hizo virtuoso solo para contrariar a sus padres.

Volviendo entonces a nuestro tema, y dejando de lado circunstancias evolutivas que pueden propiciarlo, puede no haber lugar para un proyecto propio, puede existir un proyecto propio aunque fuertemente condicionado y ponerse en crisis en ciertos momentos de la vida favorecido por cuestiones accidentales o evolutivas, o un proyecto puede malograrse si en alguna medida persiste algo de ese niño maravilloso que no deja lugar un desarrollo individual, singular que permita sentirse satisfecho. Esto puede ser, como dijimos, sostenido por familias que no toleran la individualidad o que son muy

críticas y descalificadoras de lo que no se ajusta a sus ideales.

Escribe Bernhard:

Al fin y al cabo, a diferencia de Wertheimer que hubiera querido ser de buena gana Glenn Gould, yo no hubiera querido nunca ser Glenn Gould, siempre quise ser yo mismo. Wertheimer fue siempre uno de esos que ...quieren ser otro...como tiene siempre que creer, más afortunado en la vida, pensé. Wertheimer no era capaz de verse a si mismo como alguien único como todo el mundo puede y tiene que permitirse, si no quiere desesperar, sea quien sea, ...

Wertheimer no tenía esa posibilidad...eso lo precipitó ya muy pronto una y otra vez en la infelicidad.

Veamos algunas viñetas a manera de ejemplos.

C de 70 años se retira de la conducción de su compañía a la que dedicó veinte años de trabajo precedidos de una importante trayectoria de trabajo corporativo. Queda en su lugar uno de sus hijos a quien el mismo promovió a ese lugar. Bastante omnipotente, comienza con un estado depresivo producto de lo que siente como falta de proyectos para esta etapa de su vida. No disfruta de sus nietos y mantiene una relación afectivamente distante con sus hijos. Sucesivos episodios orgánicos de cierta gravedad contribuyeron a su vulnerabilidad. El niño maravilloso que era para su madre lo traiciona en la medida que necesita sostenerlo. La identificación con ella es reprimida y con ella sus afectos con sus personas más cercanas. La omnipotencia de su padre favoreció este desenlace identificatorio. Son temas que la transferencia favorece analizar con buenos resultados respecto de sus malestares. El encuentro con el analista en una situación de máxima vulnerabilidad



en una de sus internaciones queda como un hito de ese tratamiento.

G de 20 años perdió a su padre a los 11. Claro preferido de su madre está atrapado en una actitud infantil y omnipotente que le impide estudiar y avanzar en su carrera universitaria por este motivo. El padre se dedicaba a la política y él pretende un lugar importante en su incipiente militancia política. Sin embargo, es rápidamente descalificado por su ambición y falta de preparación lo que provoca un colapso narcisista. El encadenamiento narcisista a su madre, sumado a las dificultades en la elaboración de sus vicisitudes edípicas negativas y el duelo por su padre, subyacen a esta dinámica y son la base del trabajo analítico.

L está permanentemente insatisfecho con su trabajo y no tolera ser aliviado de su carga superyoica. Sus ideales son siempre superlativos. La identificación con su padre residuo de su complejo edípico negativo, y la culpa por su rivalidad edípica subyacen a esta dinámica.

Pienso que además de los proyectos que se malogran, otros se sostienen a un precio excesivo.

G de 35 años tiene una hermana mayor discapacitada y llega al mundo a alegrar su casa y especialmente a su madre seriamente deprimida. Siempre sonriente, vive alegre, se ocupa de sus pequeños hijos y tiene una tempranamente exitosa vida profesional. Consulta por primera vez seriamente preocupada por una enfermedad grave de uno de sus hijos y desde entonces tiene frecuentes episodios de agorafobia y desmayos. La caída de ese proyecto identificatorio a través del análisis la ayuda a desprenderse de ese personaje.

H de 30 años consulta por crisis de pánico asociadas a sobreexigencia laboral. Trabaja con su padre estando a cargo de una empresa muy importante para su edad y falta de experiencia y se siente muy exigido a hacerlo bien.

Relata un episodio en el que deja a su novia en la puerta de un teatro para que vaya sacando las entradas mientras va a estacionar el automóvil. Cuando vuelve ella le dice que no hay entradas y él le pregunta si insistió en entrar igual ya que él no ya lo tiene. Cuenta que su padre le enseñó que ese hombre está allí para decir que no y que no había porque darlo por cerrado al tema. Él insiste y finalmente se convence que no hay más nada que hacer.

Es lo que le pasa en el resto de su vida. En principio no hay no. Maneja siempre él, lidera todos sus grupos.

El análisis permite revisar este proyecto de hijo que encarna. Se separa de su padre y comienza un proyecto propio a su escala.

Sabemos que

“...ninguna generación es capaz de ocultar a la que le sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad...”

Sigmund Freud, Tótem y tabú.

En cada uno de los casos relatados podemos intelegir lo que se ha transmitido generacionalmente determinando proyectos vitales con aspectos más o menos propios según los casos. Son personas que sostienen a un alto costo sus proyectos, que ven malograrse sus proyectos atados a ideales imperativos y sádicos, o que a cierta altura de sus vidas se quedan sin proyectos.

Ideales imperativos, más ligados a estructuras narcisistas como el Yo Ideal son muchas veces elementos centrales de estas vidas. El desarmado identificatorio que los libera al menos en parte de estos los hace vivir mejor. En algunos casos previene la sensación de fracaso, en otros limita los síntomas o el esfuerzo que no pocas veces lleva a la enfermedad.

El análisis permite trabajar en esos procesos de desidentificación, de



reposicionamiento subjetivo. A la necesaria historización que intenta dar cuenta de la actualización transferencial, considero de importancia sumar los efectos del encuentro con un analista que ayude a construir un proyecto singular o a liberarse de ideales que por imposibles solo malogran un proyecto y condenan al fracaso. Un analista que pueda encontrarse con alguien diferente, que pueda ver lo diferente, que va mucho más allá de tolerancia de lo diferente; y que en este sentido se diferencie de encuentros previos empezando por el del sujeto con su madre cuando esta no pudo hacerlo.

En resumen

He tratado de poner vuestra atención en las vicisitudes de las estructuras idealizadas, de quedar preso del Yo ideal en vez de ser guiado por el Ideal del Yo, de, al decir de Kaës, no poder nacer en este sentido de la familia, de los deseos narcisista parentales.

De cómo esto puede impedir proyectos propios o en otros casos malograrlos cuando aparentemente se venían desarrollando.

Estamos en el terreno del narcisismo patológico que debemos diferenciar del narcisismo trófico indispensable para el desarrollo sano. Y sabemos que esto no puede acotarse con psicofármacos más allá de la utilidad de estos en muchos de los casos de los que estamos hablando.

Más allá de los casos en los que se requiere desarrollar un sí mismo propio para evitar en lo posible desenlaces como el de Wertheimer en la novela de Bernhard, la psicoterapia de los trastornos depresivos que hoy es por demás frecuente en nuestras consultas, no puede prescindir de considerar este tipo de funcionamiento mental. Sin embargo, todo análisis transita por esta necesidad de, como dijimos, matar al niño maravilloso que ata a proyectos imposibles y malogra proyectos vitales, en muchos casos predisponiendo a cuadros depresivos por colapsos narcisistas.

